



www.loqueleo.com/co

Querido hijo: tienes cuatro padres

© Del texto: 2017, Jordi Sierra i Fabra

© De las ilustraciones: 2024, Catherine Mancuso

© De esta edición:

2017, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

2025, Distribuidora y Editora Richmond S.A.S.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono +57 60 1 3906950

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com/co

ISBN: 978-628-7672-48-2

Impreso en Colombia

Impreso por Asociación Editorial Buena Semilla

Primera edición en Loqueleo Colombia: marzo de 2025

Dirección de arte de la colección: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Querido hijo: tienes cuatro padres

Jordi Sierra i Fabra

Ilustraciones de Catherine Mancuso

loqueleg

LA NOTICIA MÁS INESPERADA

El día que los padres de Pedro se separaron fue el más triste de su vida. Y eso que lo hicieron lo mejor posible, tranquilos, relajados. Ni se habían peleado ni nada. “Cosas de mayores”. Lo llamaron, se sentó, y más o menos se lo soltaron así:

—Pedro, hijo.

—Ante todo has de saber que te queremos.

—Mucho.

—Exactamente: mucho.

—Muchísimo.

—Tú eres lo más importante de nuestras vidas.

—Lo más de lo más.

—No va a cambiar casi nada, te lo prometemos.

—Irás a la misma escuela de siempre, vivirás con mamá...

—Es lo más prudente y adecuado.

—Sí, lo más prudente y adecuado.

—Con todo, sabemos que será duro para ti.

—Para todos.

—Y más los primeros días.

—Las primeras semanas.

—Pero estas cosas pasan.

—Pasan mucho.

—Lo más importante es hablarlo razonada y civilizadamente.

—No es que papá y mamá ya no se quieran.

—Es solo que ahora lo hacen..., lo harán de otra manera.

—¿Entiendes?

Hasta ese momento, Pedro parecía estar en un partido de tenis, viendo la pelota saltando de un lado a otro de la red.

Y de entenderlo, nada, ni jota.

—No —dijo.

Sus padres se miraron con angustia.

Parecieron tomar una decisión muy muy dura.

—Papá y mamá...

—Eso, que...

—Pues...

—Verás...

—Vamos a separarnos.

¡Bum!

Ahora sí lo captó.

En la escuela había varios chicos y chicas con padres separados. Y en su salón, dos, Lucas y Elena. No hablaban mucho del tema. No era de ese tipo de cosas de las que se antoje hablar.

Es más, a Pedro le parecía que eso solo podía pasarle a los demás.

—¿Ustedes? —se quedó sin aliento.

—Ya ves.

—Lo sentimos de veras.

—Cariño...

—Hijo...

Los miró fijamente. De repente eran dos desconocidos. Nunca se habían peleado, siempre habían parecido felices, risueños, contentos. La pareja ideal, perfecta. Era absurdo.

Pero no.

Ahí estaba la cosa.

—No fastidien, ¿sí? —se le ocurrió decir.

En ese momento, su madre lo abrazó muy fuerte a él, y su padre los abrazó a los dos. Se apapacharon entre todos. Por última vez, pero se apapacharon.

Pedro se dio cuenta de que ella lloraba por dentro mientras se hacía la fuerte por fuera, en plan valiente. Su padre ni respiraba.

El gran silencio.

Quedaban largas explicaciones, pero no eran necesarias.

Al día siguiente su padre le compró una bicicleta y se marchó de casa.

Al otro, su madre le compró una nueva consola de videojuegos y le dijo que iban a organizarse.

Los días que siguieron a todo esto se le hicieron nebulosos.

Él era un autómeta.

Su madre era una autómeta.

Sin su padre, la casa estaba vacía.

Y cuando fue a la nueva casa de él, fría, muy impersonal, sin el menor calor hogareño, fue ella la que estuvo vacía sin su madre.

Pedro ya sabía que nada sería igual.

DOS VIDAS

Las cosas fueron más rápidas incluso de lo esperado. De la noche a la mañana Pedro tenía todo por duplicado. A su casa de siempre, su habitación de siempre, sus cosas de siempre y sus amigos de siempre, se les sumó una casa nueva, otra habitación, nuevas cosas que usar o disfrutar y hasta posibles nuevos amigos con los que jugar. En la escalera donde su padre había alquilado el departamento encontró uno, y en la calle, en la tienda de electrodomésticos de al lado, otro. Los dos de su misma edad. Eso sí, como iba a la misma escuela, los de toda la vida eran los primeros y más importantes.

Su mejor amigo, Marcos, también era, a veces, su peor pesadilla.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Mi prima Dorotea está fatal. Y eso que sus padres se separaron hace ya dos años.

—Pues yo estoy bien.

—¿Seguro?

—Sí.

—Oye, a mí puedes contármelo, ¿eh?

—Estoy bien.

—¿Seguro?

—¡Que sí, pesado!

—Bueno, está bien, allá tú.

Marcos era imposible.

Y como era hijo único, igual que Pedro, y había nacido tres semanas antes, se creía que era algo así como el hermano mayor.

El departamento del padre de Pedro era pequeño. Lo que él llamaba “departamento de soltero”. A Pedro eso le hacía cierta gracia. ¿Soltero? ¡Separado! ¿Qué tenían que ver las habas con los tomates? El padre de Pedro se hacía el simpático y el divertido, como si no pasara nada. Su madre, en cambio, a veces estaba triste. Claro que como Pedro vivía con ella, la veía más. Todos los días. Los fines de semana que le tocaba con su padre, él parecía otro. Hablaba hasta por los codos, contaba chistes, se reía...

Pedro pensó que se había vuelto loco.

Luego comprendió que era su forma de tomar la separación.

Y, sobre todo, evitar que él la pasara mal.

Porque si algo se notaba era que los dos estaban muy preocupados por él.

Los fines de semana que se iba con su padre, su madre le preparaba la mochila, donde metía lo necesario, y le daba toda clase de consejos:

—Come a tus horas, no te hagas el burro, nada de ver la tele todo el día, nada de jugar videojuegos todo el día, mira que papá a veces anda medio perdido y si le da por dejarte hacer lo que te dé la gana...

Pedro iba diciendo:

—Sí, mamá. Sí, mamá. Sí, mamá.

Hasta que ella se callaba, lo miraba tiernamente y lo abrazaba.

Fin de los sermones.

Su padre lo recogía puntualmente y él se iba a su nuevo "otro mundo". La habitación, poco a poco, tomaba forma. La ropa era nueva. En lo de los horarios... había ciertas libertades. El tiempo se alargaba a veces como un chicle y se acortaba otras. Su padre,

que siempre trabajaba y no tenía tiempo para nada, de pronto parecía tener todo el tiempo del mundo. Vamos, no lo dejaba ni a sol ni a sombra. Iban al cine, al fútbol si había partido, o lo veían por la tele si el equipo jugaba fuera, comían pizza en casa o baguette en una hamburguesería...

Luego volvía a casa y su madre, así así, a lo tonto, le hacía preguntas, pero como si no las hiciera. Nada de bombardearlo al llegar, qué va. Poco a poco, y como de pasada.

—¿Y tú qué hiciste, mamá? —preguntaba él.

Unas veces ella decía:

—Oh, pues me dediqué a poner orden en la casa, ahora que hay más espacio.

Otras:

—Salí con mis amigas, a pasear y al cine.

Vamos, que aburrirse parecía que no se aburrían, ninguno de los dos.

Incluso, cuando llegó la hora de las vacaciones de verano, lo pactaron sin traumas ni gritos y, como lo llamaban ellos, "de mutuo acuerdo" y "mirando siempre por él". O sea, que se fue quince días a la playa con ella, al pueblo, y los quince días con él los

pasó en Disneylandia de París y en Port Aventura de Tarragona. Increíble.

Hasta Marcos se quedó impresionado.

—Oye, tú, les dije a mis padres que se separen —quiso hacer broma.

—Cállate, burro —se enojó Pedro.

Hubiera preferido mil veces pasar el verano de todos los años con tal de que siguieran juntos.

Pero eso parecía ya imposible.

CUANDO MARCOS SE PONE PESADO...

Como ya ha quedado claro, Marcos era una especie de piedrita en el zapato.

Encima, alarmista como él solo.

Era de los que no les para la lengua.

—¿Tu padre sale con alguien?

Pedro se le quedó mirando con cierta angustia.

—No.

—¿Y tu madre?

—Tampoco.

—Qué raro. —Se rascó el cogote.

Cuando Marcos se rascaba el cogote era que le estaba girando la ardilla.

—A ver, ¿por qué ha de ser raro? —preguntó Pedro.

—Porque si no salen con otras personas, no entiendo lo de la separación.

—Dejaron de estar bien juntos, ya te lo dije.

Marcos se puso en plan listillo-sabelotodo.

—La gente se separa cuando él o ella tienen a otra o a otro, o sea, cuando se han vuelto a enamorar.

—Pues mis padres no.

—Claro, como si te lo fueran a decir a ti.

—¡Te digo que no es mi caso, pesado!

—Qué raro. —Volvió a rascarse el cogote.

—¡Eso ya lo dijiste antes!

—No te desquites conmigo —se hizo el digno y el ofendido—. Yo solo intento...

—¡Intentas buscarle tres pies al gato, como siempre, que no paras! ¡Y no me desquito contigo! ¡Eres tú el que habla y habla y habla!

¿Se calló?

¡Qué va!

—¿Qué harás cuando él o ella tenga otra pareja?

Pedro se quedó más blanco que una de las prendas que anunciaban los detergentes milagrosos de la tele.

¿Su padre con otra?

¿Su madre con otro?

—¡No digas burradas! —se enojó en serio.

—¿Yo? —Marcos abrió los ojos como platos.